

## LA IZQUIERDA EN LLAMAS (I)

Alfredo Joignant

La hegemonía de las ideas de izquierda que se observa en Chile desde hace algunos años tiene algo de engañoso. No porque haya algo equivocado en ellas: en materia de dominación cultural de la sociedad, la explicación no se encuentra en la superioridad intrínseca de las ideas (solo imaginar una cosa así es estúpido), ni menos en que éstas son, por antonomasia, correctas. Lo esencial reside en la conjunción entre los intereses de quienes reclaman e impugnan la definición de la vida buena y un conjunto de ideas que interpretan lo que motiva el fastidio y, tras ello, resignifican el mundo.

Pues bien, es precisamente eso lo que ha pasado en Chile. Las demandas del movimiento estudiantil de 2011 evidenciaron, por primera vez, un malestar con el modelo educacional desde el cual se pudo escalar hacia otras causas (como por ejemplo el cambio de Constitución). Es a la sombra de esa dinámica hecha de escaladas y amalgamas, tan propias de los movimientos sociales que lograron superar un cierto umbral de éxito social, que varios intelectuales públicos (entre ellos los autores de “El otro modelo”) articularon los intereses de quienes se habían movilizado en torno a ideas que se declinaban en el lenguaje de los derechos sociales. Esa articulación fue extraordinariamente exitosa, no solo en el mundo intelectual, sino también y sobre todo en el mundo de los partidos de la Nueva Mayoría...y fuera de ella. Para entender el poder de las ideas en la política, es importante romper con la ilusión de que el secreto de su éxito reside en ellas mismas. Roger Chartier, en “Los orígenes culturales de la revolución francesa”, se preguntaba si un libro podía provocar una revolución. Y la respuesta es no: de producir consecuencias, las ideas contenidas en un libro lo logran a través de sus usos, múltiples, especialmente si estos son políticos.

Todas estas cosas las sabemos: la izquierda chilena en todas sus formas goza del privilegio de ejercer hegemonía (aunque no necesariamente de poder político efectivo). La tentación es adherir a la creencia de que esta hegemonía es duradera (sobre todo si se multiplican los llamados a levantar monumentos a los Chicago boys, mañana al “Ladrillo” y pasado mañana a José Piñera). Los derechos sociales son esenciales, qué duda cabe: pero su descomodificación, es decir su exclusión de la esfera del mercado y el consiguiente impedimento de hacer de la salud o la educación una mercancía, es un asunto de grado, sujeto a los vaivenes de la política y la economía, pero también a las convenciones sociales que definen lo que es un derecho social, como bien lo había visto Esping-Andersen.

Pues bien, las consecuencias políticas que se desprenden de esta crucial controversia que es, digámoslo, interna a las izquierdas, desde al PS a la Izquierda

Autónoma, pueden ser devastadoras. Son precisamente las razones de la devastación que abordaré en las próximas tres columnas, así como sus efectos.